

Sologuren, Artista que Ahonda en sí Mismo

22/12/58

por Sebastián Salazar Bondy

Como coherente promoción, —para no llamarla generación, palabra ahora cargada de una abrumadora significación filosófica y sociológica— nos agrupamos, entre 1940 y 1945, los entonces artistas y escritores jóvenes (Sologuren, Szyszlo, Costa, Eielson, Iturriaga, Roca Rey, Deustua y otros) cuya preocupación primordial tenía un común denominador: orear la creación estética peruana con los aires recientes del arte y las letras de Europa y América. Pusimos, quizá, demasiado énfasis en el rechazo de lo rústicamente folklórico, sobrevalorado en ese instante por muchos, y en este ademán de vindicación de los valores universales, tal vez nuestra juventud descargó demasiada pasión, cuando se nos reputó de puristas y hasta de extranjerizantes. Sin embargo, supimos distinguir en Alegría, Julia Codesido, Arguedas, y en Borges, Gallegos, Neruda, Reyes, etcétera, aquello que siendo característico en nuestro mundo alcanzaba, por gracia de la poesía, una categoría universal. Y amamos igualmente la tradición hispánica —de Berceo a Lorca, Salinas o Alberti— y la línea que entre nosotros se había trazado de la primitiva lírica quechua y el arte peruano antiguo, a Vallejo, Eguren, Adán, Abril, y a Vinatea Reinoso, Urteaga y los artesanos populares indígenas y mestizos. Si hubo evasión, fue de aquello que consideramos vulgar, fácil, falso y

anti-poético. No estuvimos tampoco al margen de los deberes que como ciudadanos se nos imponían, pues participamos ardentemente en el experimento democrático de 1945.

Precisamente, Javier Sologuren, a quien se tuvo por el poeta menos "comprometido" con el momento histórico, fue columnista en "La Nación" (el modesto diario bustamantista, no el posterior de ese nombre de

mismo, hacia el meollo de su espiritualidad. Y esto es lo que aspira a señalar este artículo, cuya finalidad es llamar la atención pública sobre la exposición de oleograbados y telas estampadas que el artista presenta actualmente en una de las salas del Instituto de Arte Contemporáneo.

La nota más destacada de la poesía y la pintura de Sologuren es el refinamiento, mas no el refinamiento ocioso y exterior de los frívolos, sino la penetración en las esencias puras de seres y cosas. Esa predisposición a buscar el alma honda de la realidad emplea un instrumento sutil: el amor. Por el amor —cuyas últimas revelaciones tienen un carácter maravilloso, religioso— desciende hasta su propio misterio vital, hasta el recóndito corazón del universo, hasta la humilde flor, el inmenso mar, la mujer quecida, el enigma de la muerte, el frenesí carnal o el esplendor de Dios. Palabras o formas de color responden a la necesidad de una expresión total, que sobrepasa lo bruto, cabal u obvio, en pos de lo fino por ideal y absoluto, de lo refinado, en una palabra. Hasta el procedimiento que utiliza en sus tan personales oleograbados refina las técnicas ordinarias, de tal manera que el lenguaje plástico se torna una caligrafía mágica, semejante a la de Klee. Antes se ha dicho que hay algo egureniano en la personalidad de este poeta-pintor: también nuestro simbolista tocó, con la pluma y el pincel, para fracturarlo, el reducto luminoso del misterio. A ello acude Javier Sologuren, en silencio, desde hace más de diez años, cuando integraba aquella promoción artística de la cual se ha hablado al principio de estas líneas. Quien como Sologuren ha mantenido indeclinable su estética, y así su razón de ser, celebra, para todos los que con él nos iniciamos, un triunfo que no es ruidoso, pero sí legítimo y perdurable.



Sologuren

Odría y sus plumíferos), y desde ahí, en su terreno, contribuyó a la defensa de las instituciones y la constitucionalidad amenazadas por la derecha y la izquierda. En 1948, él —como casi todo el resto de los que conformaron esa promoción— viajó al exterior. Estuvo en México —donde fue discípulo de Raimundo Lida principalmente— y pasó a Suecia luego, a desempeñar la cátedra de lengua española en la ilustre Universidad de Lund. Allá lo vio el cronista tras largos años de separación, y lo halló, tal como en una breve nota en esa ocasión lo dijo, con la misma agudeza, el mismo candor, la misma atmósfera de poesía viva de sus años universitarios. El mismo aire egureniano, digamos, que sus obras —poemas y pinturas— muestran hoy. La madurez no ha sido para Sologuren sino un paso hacia sí